



EL MERCURIO
LIBROS Y AUTORES:

SANTIAGO

23.XII.1973

P.5

661419.

Enrique Bunster: Bala en Boca

Por HERNAN DEL SOLAR

Muy a menudo se repite que Chile es un país de historiadores. La definición es —si se quiere— acertada. Tenemos historiadores de extraordinaria calidad. Nuestra historia puede exigirlos. Pero, una pregunta, una simple pregunta: ¿cómo vemos nuestra historia? Si la averiguamos con alguna paciencia, la respuesta que obtenemos es más bien negativa. Principiamos por advertir, desde luego, que muchos que escriben sobre hechos o personajes chilenos que nuestra Historia —si bien escrita— arroja con honra ineludible, parecen referirse a gente y lugar de un planeta desaparecido. La fantasía suele darse esos desahogos.

Esta es una de las muchas razones que nos inducen a admirar las páginas chilenas de Enrique Bunster. Todas lo son, sin que importe que haya, a veces, tierra extranjera, y en ella estén los chilenos como de contrabando. El autor es chileno. De aquí, ciertamente, su importancia entre nosotros y fuera.

Nueva demostración inobjetable: "Bala en Boca", que publica Editorial del Pacífico. Excelente libro que nos acerca con claridad, y no pocas veces con emoción muy visible, a ciertos acontecimientos que no son debidamente conocidos de muchos compatriotas, y a numerosos personajes que Bunster enseña a respetar con buen entendimiento de las bases que sustentan ese respeto.

Investigador infatigable, cuya curiosidad aumenta frente a cada hallazgo feliz, no es fácilmente calculable el número de folios y manoseos por donde ha ido de caza, memoria alerta, lápiz en ristre, atención adivina, buscando provisiones para su morral. Tiene, parece, el don asombroso de descubrir en alguna página amarillenta, entre frases aborridoras, el dato imprecioso, el rasgo que le resulta indispensable para vitalizar inmejorablemente a algún personaje de los que tiene en estudio. ¿Gran erudito? No. Jamás fue vigilante de tumbas. Lo único que le apasiona es la vida. Toda su obra no es sino invitación a quererla, a admirarla allí donde muestra una aventura inolvidable.

El creciente saber es un estímulo permanente. Desea mayores conocimientos y los persigue en extensas correrías. ¿El saber por el saber? Ignora

tan estéril egoísmo. Bunster lo da todo, y en moneda mejorada.

Tal vez piense algún lector que empezamos este comentario refiriéndonos a los historiadores y que Enrique Bunster no es historiador. Nos interesa ese supuesto reparo. Bunster no es historiador a la manera de quienes enriquecen de alabanzas y devoción cuando erlan y en gordan volúmenes de sabiduría cronológica. Para él, todo hecho y toda fecha —si poseen importancia— no son alad para solemne entierro; los mete, al contrario, en el boile de la vida, convirtiéndolos en insustituibles hallazgos. En suma, Bunster es, esencialmente, un escritor. Y, dentro de nuestra literatura, el mejor de los cronistas con que, bien examinadas las cosas, contamos desde el desaparecimiento de Edwards Bello. No le imita, indudablemente, hay entre ambos no pocas diferencias; pero tienen semejanzas que el lector atento no puede negar. Desde luego —y esto se advierte muy a menudo en esta obra— poseen parecida audacia para coger al vuelo la verdad y mostrarla como es, y para emitir juicios desacomatados, y para indicarle a los chilenos muchas de sus flaquezas, su complejo de inferioridad que les mueve a actitudes de superioridad desdenosa, y estar siempre en la vida, en medio de sus alabos, muy abiertos los ojos, pronta la ironía, y siempre generosamente dispuesto a alabar lo que merece alabanza, aunque medio mundo le mire con ojos de "punch" agresivo.

En estas crónicas, que se dividen en cívico-militares y en recuerdos directos de escritores y lugares santiaguinos, una vez más nos lleva Bunster, a través de años de historia, por el sentido de la vida y de la muerte de los chilenos, por su definida idiosincrasia, por súbitas reacciones que no miden posibles consecuencias, por su sentimiento de la amistad, la solidaridad, el señorío natural, y por esa socarronería que amonesta a su alrededor las más inverosímiles anécdotas.

En las crónicas que llamamos "Cívico-militares" nos encontramos con detalles que ayudan grandemente a una mejor valoración de sucesos y de hombres. Salen a encontrarnos rasgos desconocidos y memorables de militares y civiles que en este libro dejan de ser estatuas, se yerguen con natural cordialidad, y viven

junto a nosotros libremente. Hay estudios dignos de elogio sin reserva: los que se ocupan de Barros Arana, de Pedro Lagos, de Baquedano, de Balmaceda. Citamos únicamente los que a nuestro juicio sobresalen, sin que haya menoscabo para los demás, siempre amenos, espléndidamente enfocados, de vigorosa espontaneidad.

La segunda parte del libro —"Otras Crónicas"— se inicia con unas páginas donde amargas verdades se encierran en una ironía naturalísima. Se titula la crónica "Los Ingleses de la América del Sur". Parte del burlón asombro de un testamento de Lord Cochrane cuando a Bunster se le ocurre hablarle de nuestra condición de ingleses sudamericanos. El amor glassa este asombro explicable, lo agita en el aire de la realidad, y no podemos dejar de convencernos que en Kufamávila —como Juan Tejeda llamó a Chile— debemos simplemente contentarnos con ser los chilenos de la América del Sur.

Vienen en seguida tres crónicas evocadoras de Joaquín Edwards Bello, donde el hombre, el escritor, el periodista incomparable aparecen en un solo haz, en esa unidad contradictoria, profunda, donde rencor, violencia, comprensión, ternura, humanidad se entrecruzan, se combaten y sostienen una personalidad sin parangón.

Hay otras páginas del mayor interés ("Memorial del Parque Cautín", "Una hoja de Servicios", "El General Cañas Montalva", "De Santiago a Mendoza a la Vela"), pero dos crónicas nos parecen particularmente señalables: "El baúl de recuerdos de Federico Vergara" y "Recuerdos de Benjamín Subercaseaux". Sobre todo, la primera. Vergara es el personaje novelesco más extraordinario que pueda recordarse. Enrique Bunster lo retrata en breves páginas de contemible amenidad, le muestra en su auge y su miseria, siempre el mismo gran señor imaginativo, generoso. Por último, la evocación de Benjamín Subercaseaux es un trazo vivísimo. Bunster le pregunta de pronto cuál es el peor defecto del chileno; responde Subercaseaux: —"No querer ser el mismo y sentir vergüenza de serlo". Otras respuestas igualmente precisas muestran al gran escritor, tan nitidamente como "Bala en Boca" no da la altura de Bunster.

Enrique Bunster, bala en boca [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1896-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Bunster, bala en boca [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile